

OCIDENTE Y ORIENTE

DIEZ



entonces el porvenir no es solamente una historia de edificios de cuarenta pisos, de aire acondicionado y de condicionamiento de masas, sino también una historia de inmundicias y humaredas padecida por un gigante.

LA EXPLOSION DE LAS LATAS DE BASURA

Los profetas de la dicha y los de la desdicha nos anunciaban, hace veinte años, escenas de la vida futura alternativamente rosas o negras, un sol primaveral iluminando todos los días del año o una sociedad de robots de cerebros lobectomizados por los medios masivos de comunicación. Se nos prometía la benéfica invasión de las heladeras, los atomizadores y los euforizantes para todos, la

MILLONES DE NEOYORQUINOS

CLAUDE ROY

CREO que en Nueva York he llegado a comprender por qué los norteamericanos (en fin: algunos norteamericanos) han sido los primeros en posar sus plantas en la luna: para no ser los últimos en arrastrarlas por las calles de sus ciudades. Hace veinte años que no visitaba Nueva York. Advertí una vez más que esta metrópoli es la mayor máquina inventada por el hombre para pasar, repasar y sobrepasar el tiempo. Hace veinte años Nueva York, que no se parece a nada, se asemejaba mucho al París de Maine-Montparnasse, de la Défense, de los drugstores y de las playas de estacionamiento subterráneas. Pero si dentro de veinte años París se parece a la Nueva York que acabo de visitar, las perspectivas no son por cierto halagüeñas. En todo caso, no son solamente halagüeñas.

A no dudarlo, Nueva York sigue siendo una ciudad absolutamente fantástica, una ciudad de 1890 y una ciudad de 1990, la más vieja ciudad joven del mundo, una ciudad de la que no osaría decir que es hermosa: pero bien se puede hablar de la belleza del diablo, de la belleza de los volcanes, de la belleza de las malignas e inextricables selvas vírgenes, de la belleza de los apeñuscamientos de estrellas en el revoltijo de las galaxias. En Nueva York a cada instante se tiene la sensación de que todo puede suceder, lo mejor, lo peor y lo inesperado absolutamente inesperado.

APOLO 2000

Esta mañana, en mi calle, en diez minutos me crucé con quinientos neoyorkinos medios que iban a su trabajo; mil vulgares amas de casa que hacían sus mandados; un carro de bomberos con su terrorífica sirena; doce jóvenes de cráneo rapado, con la amarilla túnica de los monjes budistas, que iban de Village a Times Square para predicar la palabra de Buda; veinticinco judíos jasídicos que distribuían volantes para protestar contra la realización de autopsias en Israel; y vi, entre el almacén y la tintorería, las vidrieras de la Sociedad Espiritista de los Puertorriqueños de Nueva York, los cuales por carecer de dinero necesario como para telefonar overseas a la familia dejada en el país natal, se reúnen todos los miércoles para, giros de mesa mediante, comunicarse con sus difuntos.

Sí, Nueva York sigue siendo esa ciudad fabulosa donde las realidades superan a la imaginación como el Empire State Building supera al peatón. Pero si Nueva York es el gigantesco Apolo 2000 que las grandes urbes mundiales han remitido al estratot tiempo y la cosmo historia para saber lo que será una ciudad del porvenir,

maléfica invasión de los despersonalizadores, de las bombas atómicas y de las ratas u hormigas con rostro humano. Me parece que hay algo que absolutamente nadie había previsto, y es que los grandes problemas del futuro urbano iban a ser ante todo (haciendo salvedad del problema racial) los desperdicios, y cómo desembarazarse de ellos; los delincuentes de las avenidas y cómo combatirlos; el aire corrompido, y cómo no sucumbir al respirarlo.

No diría que hace veinte años Nueva York era limpia como un centavo recién acuñado. Cuando el otro día oí que a Robert Wagner, ex-alcalde de Nueva York y fracasado candidato en las recientes elecciones eliminatorias del Partido Demócrata, las *primarias*, aseguraba ante su auditorio que "en su tiempo, por lo menos, las calles de la ciudad eran decentes", opiné que exageraba. Pero lo innegable es que desde hace algunos años la lata de basura, la basura sin lata, la lata de conservas en libertad, la mugre y los desperdicios parecen dominar cada vez más insolentemente —con el enfrentamiento racial—, a la situación urbana. Tal parece como si la sociedad de producción-publicidad-consumo hubiera olvidado algunas cosas, y entre ellas la de plantearse la pregunta: ¿qué hacer con los residuos?

El alcalde de Nueva York es hoy en día un señor que, se supone, debe resolver el problema de la explosión demográfica, el de la explosión del tránsito, el de la explosión de las minorías y las razas y el de la explosión de las latas de basura. Cada norteamericano tira por día, término medio, dos kilos de residuos domiciliarios, sin contar con los automóviles de desecho. Todas estas cosas se dividen en dos: las que arden, y los incineradores no dan abasto para digerirlas, y las que no arden. Los municipios buscan febrilmente minas abandonadas para rellenarlas con residuos, fosas marinas insondables para sumergir allí sus basuras, incineradores portentosos capaces de quemarlo todo sin inficionar la atmósfera. El envenenamiento del aire ha alcanzado terribles proporciones y aumenta día a día.

Los especialistas hablan de un apocalipsis de los residuos, de una inundación de botellas vacías, de una marea negra de inmundicias. Al salir de las grandes avenidas suntuosas, el viandante neoyorkino adquiere la impresión de que la ciudad no está amenazada por una invasión de los marcianos, sino por la de la roña pululante. Las latas de basura, que abren sus tapas como ostras de pesadilla, y que vuelven a abrirlas apenas se les vacía la panza y vomitan sus excesos en la vereda, parecen sonreír perversamente como los malvados robots indomables de una película terrorífica. En la lid entre los hombres y sus desperdicios de ningún modo es el neoyorkino el que actualmente lleva la mejor parte.

No pretendo que hace apenas veinte años la vida callejera de Nueva York fuera un idilio, y que las agresiones, violaciones, pandillas adolescentes, patotas criminales y mafiosos no existieran.

Pero las comisarías aún no habían llegado a fijar en dos lenguas (español e inglés) las instrucciones que he leído en las entradas de todos los edificios de la parte alta de la ciudad, en las inmediaciones de la Calle Septuagésima:

1. En la medida de lo posible, de noche no camine solo por la calle;
2. Pídale a un amigo o pariente que lo espere en la parada del metro o del autobús;
3. Al llegar a su puerta, tenga la llave ya pronta para meterla en la cerradura;
4. Nunca tome solo el ascensor con un extraño, sea cual sea su edad;
8. Al caminar, permanezca alerta. Mire continuamente a su alrededor;
12. Lleve siempre consigo un pito o una sirena de alarma a transistores (*en venta en todas las grandes tiendas*).

LAS RATAS ENJAULADAS

Hay veintiún artículos de esa índole; no estoy convencido de que las personas que se los hayan aprendido de memoria estén libres de ser desvalijadas, molidas a golpes o violadas. De lo que se



puede estar seguro es de que esos avisos deben suscitar entre los habitantes del barrio un estado difuso de terror. Los índices de ataques nocturnos y la criminalidad en Nueva York son, en efecto, los más altos del mundo. Pero ninguna estadística puede establecer aquí la tasa de las neurosis cotidianas ni el temor de las pesadillas nocturnas padecidas por ocho millones de neoyorkinos. Ello no evita que cada día arriben a la metrópoli miles de emigrantes del interior o el exterior; la asignación familiar por niño en Nueva York es de US\$ 71.50 mensuales, de US\$ 8.50 en Mississippi y de cero dólar en Puerto Rico.

¿Cómo sobrevivir si uno es neoyorkino? Es una interrogante planteada a norteamérica y a los norteamericanos. Es una interrogante válida para todas las ciudades del mundo. Ni Londres, ni Roma, ni París pueden decir: todo eso es asunto de ellos. ¿Cómo sobrevivir si uno es un ser urbano? Es una pregunta que Nueva York se formula sólo un poco por adelantado, respecto a todas las ciudades de la tierra.

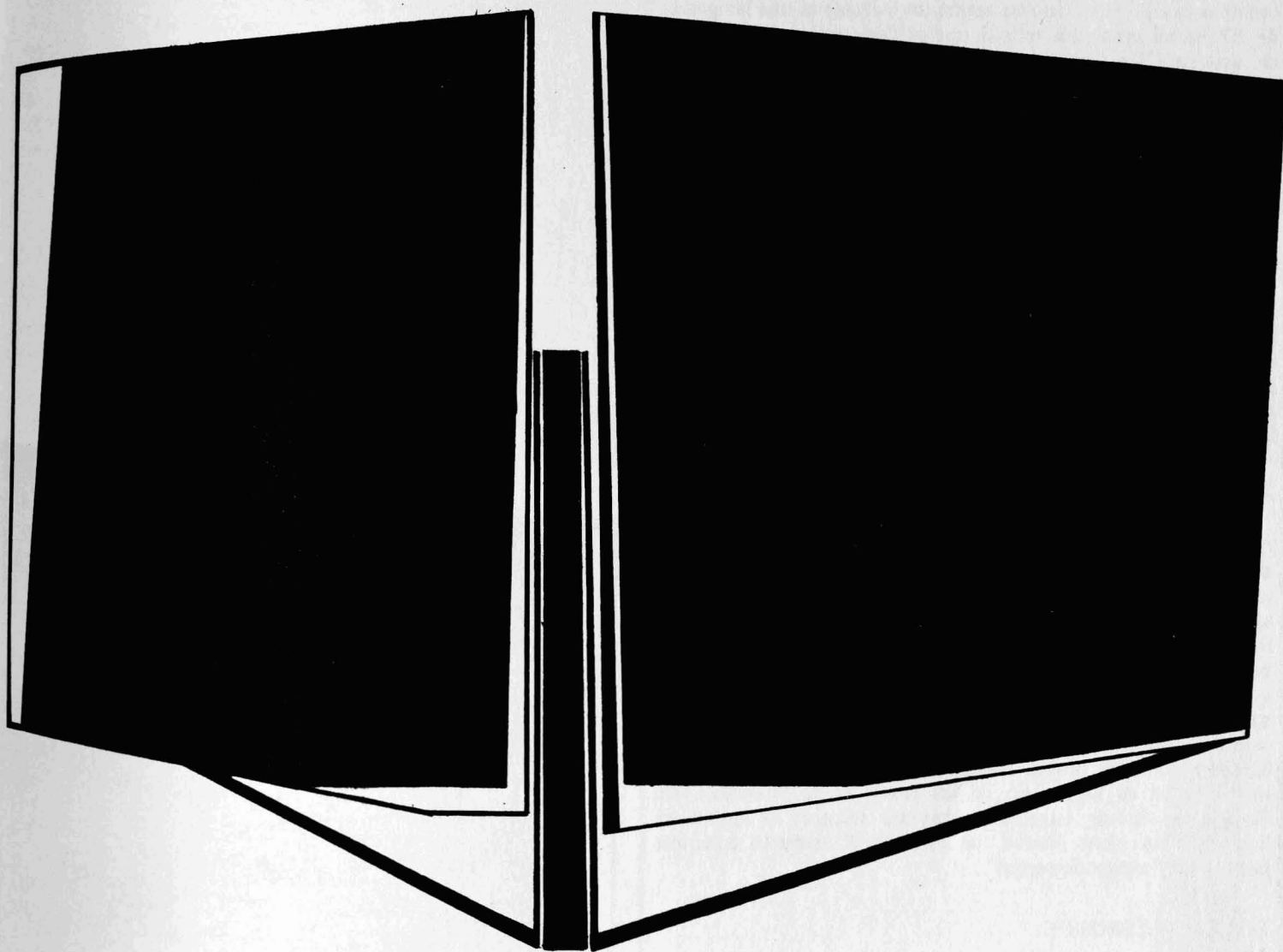
Los experimentos de los biólogos demuestran que si se encierran dos ratas en una lata, las mismas se consuelan del cautiverio gracias a la amistad mutua. Si se encierran seis en la misma jaula, se vuelven paranoicas. Si son doce, se asesinan unas a otras. Las grandes interrogantes que se plantean, consciente o inconscientemente los neoyorkinos a comienzos del estío de 1969 son: ¿Actualmente somos tan sólo paranoicos o ya vamos a matarnos entre nosotros este verano? ¿Residimos en una ciudad o ya en un manicomio, y mañana en un polvorín listo para estallar?

VICTORIA PARA LA ANGUSTIA

Las elecciones preliminares de los candidatos de los dos grandes partidos a la municipalidad no sólo significaron la derrota de los dos alcaldes que se presentaron: el saliente, John Lindsay, de los republicanos, y el demócrata Robert Wagner, alcalde de Nueva York de 1954 a 1965. Esos comicios no sólo implicaron en cada bando la derrota de dos liberales y la imposición de dos candidatos de extrema derecha, quienes hicieron una campaña que en Francia llamaríamos pujadista prometiendo todas las cosas posibles y unas cuantas más, entre ellas proceder con mano de hierro en un guante de acero. Las *primarias* han sido las elecciones de la inquietud y la victoria de la angustia. Los judíos temen que los expulsen de sus almacenes y sus tiendas; los negros que se instalen en sus barrios; los irlandeses y los italianos tienen miedo de la importancia que en Nueva York adquieren los puertorriqueños; los eslavos y los alemanes se ven amenazados por inmigrantes nuevos; los habitantes de los barrios donde ha surgido una sicosis de inseguridad están atemorizados; los lectores de gacetillas periodísticas, de relatos de agresiones nocturnas, tienen miedo.

No se trata, aclaremos, de imaginar una nueva York apocalíptica, una atmósfera de film de terror, una ciudad puesta en escena —del ocaso a la aurora— por Alfred Hitchcock. Nueva York trabaja, circula, la buena gente va los domingos a comer *shrimps* y pescado frito a Coney Island, los bañistas se dirigen a las playas menos sucias, los *automats* y los restaurantes están llenos, en los tiraqueteantes metros no cabe un alfiler. Pero en todos los ánimos subyace la incertidumbre y para muchos la ansiedad está bajo la piel.

En el arrabal del este de Nueva York, donde comienzan a instalarse los negros porque Harlem se desborda, vi ayer decenas de tiendas cerradas, con un cartel de "En venta" sobre la cortina: la carnicería Levinson, el establecimiento de *Delicatessen* Greenberg, el *coffee shop* Siegel, el almacén Levine. En Newark pude ver esta mañana las cicatrices de los grandes motines raciales de hace dos veranos, una calle donde las ruinas ennegrecidas de un cine que no ha sido reconstruido (¿para qué iban a hacerlo?) y los escombros mal amontonados de una media docena de comercios incendiados cuentan todavía una historia de fuego y de furor, de manos negras agitando las antorchas de la cólera.



Pregunté a decenas de neoyorkinos si pensaban que el primer estío del presidente Nixon sería un “verano caliente”. Todos estaban de acuerdo, por lo menos, en que había posibilidades de que así fuera. Unos porque pensaban que no se había hecho bastante para resolver los problemas de la miseria, de la desocupación, de las universidades, de los gustos, de las minorías. Otros porque piensan que no se ha hecho lo necesario para sujetar a los estudiantes, domar a los negros y mostrar la fuerza del orden a los “perturbadores”. Ya hace ocho años que James Baldwin escribió el libro que lo hizo famoso: *La próxima vez, el fuego*.

Más que nunca el título de su libro es actual. *La próxima vez, el fuego*. La próxima vez, ¿será mañana?

La campaña electoral de las *primarias* ha finalizado: John Lindsay, superado por su adversario republicano de derecha, no ha reconocido su derrota y proyecta presentarse nuevamente en noviembre con la esperanza de coligar bajo sus banderas a los liberales del Partido Republicano, los del Partido Demócrata y una

mayoría de negros. Pero en los subterráneos todavía se leen los carteles electorales de su competidor demócrata, el ex-alcalde Bob Wagner (un “liberal”, empero). ¿A qué apelan? Al temor y a la nostalgia de los “buenos tiempos de antes”, que sin duda jamás existieron.

“En mis tiempos” dice Wagner, “había un policía en la esquina de cada manzana. Lindsay los sustituyó por patrullas en automóviles. Un policía en automóvil ve mal, oye mal, conoce mal lo que ocurre en la calle. El policía de antaño era uno de los vuestros, *and under the blue there was a heart* (y bajo el uniforme latía un corazón).” Wagner se habrá apoyado al máximo en la cuerda sensible del populacho, pero de todos modos fue vencido por Procacino, cuya campaña puede resumirse diciendo que no prometió agentes que serían buenos muchachos, sino policías que darían palos cada vez que fuera necesario.

En los comercios del barrio en que vivo se encuentran por todos lados, sobre los mostradores, prospectos sobre cerraduras de

seguridad: la Compañía Eléctrica de Nueva York proclama en los ómnibus que la mejor defensa contra los ladrones es una lamparilla de 100 vatios encendida toda la noche. Pero se tiene la impresión de que aquí las tres cuartas partes de la población mantienen encendida toda la noche una lamparilla en sus cabezas: un millón de neoyorkinos porque viven del subsidio municipal a los pobres, otro millón porque gana menos (y a menudo muchísimo menos) de 5.000 dólares anuales, los pequeños tenderos judíos de los suburbios porque tienen miedo de los negros, los puertorriqueños porque hablan mal el inglés, los negros porque son negros.

GENTE DE ORDEN

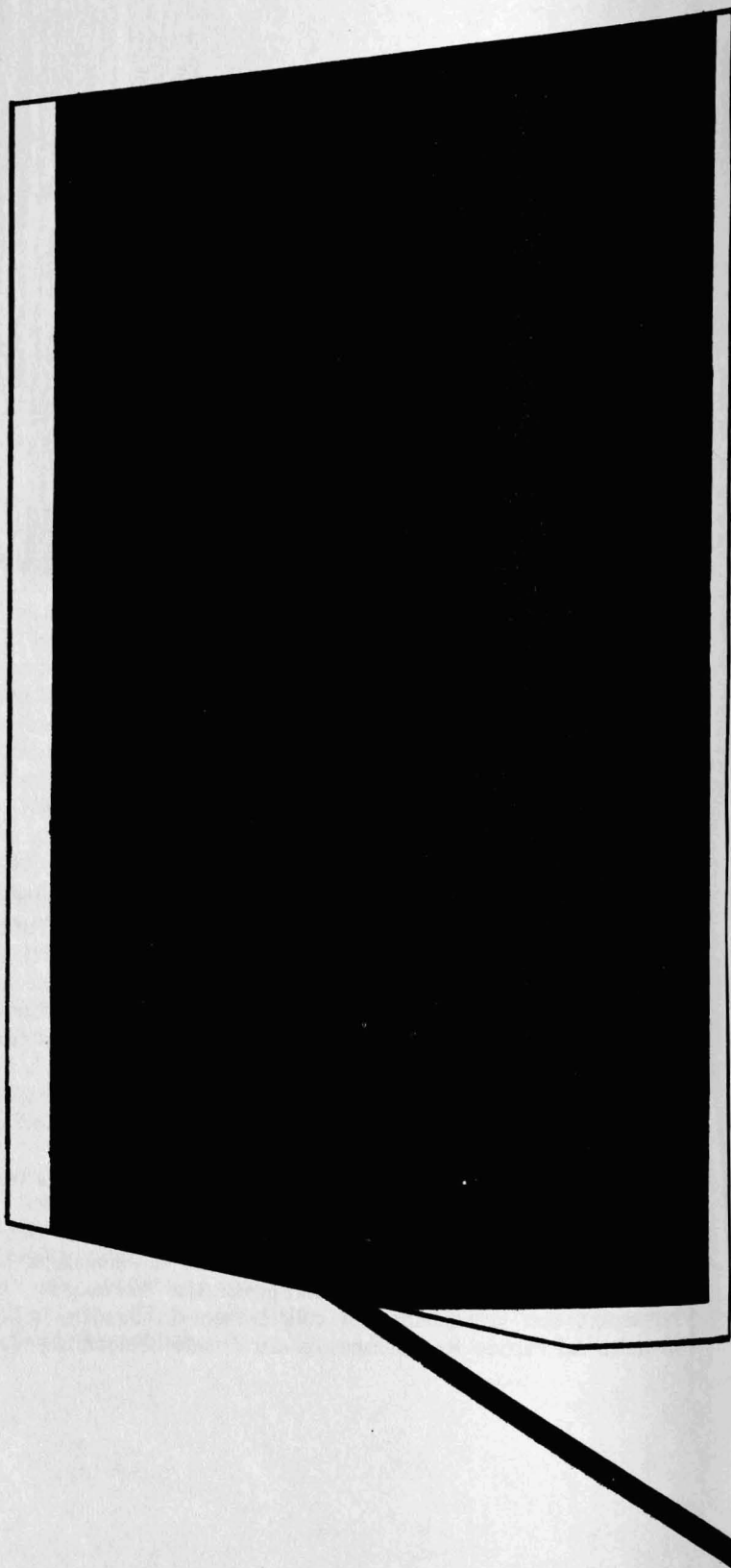
Porque la burguesía negra tiene miedo de los "rabiosos" de la comunidad negra, los Black Panthers, el B.C.D. (Black Culture Development) y de numerosas organizaciones de acción directa que recuerdan lo que fueron la Hagannah en los comienzos de Israel, los "nihilistas" y los terroristas de la Rusia de los zares. Porque los negros pobres no politizados, o la mayoría de los negros ricos y liberales tienen miedo de todo; de los extremistas blancos, de los "rabiosos negros", de los uniformes policiales. Y porque —la procesión va por dentro—, todo neoyorkino teme a la mafia.

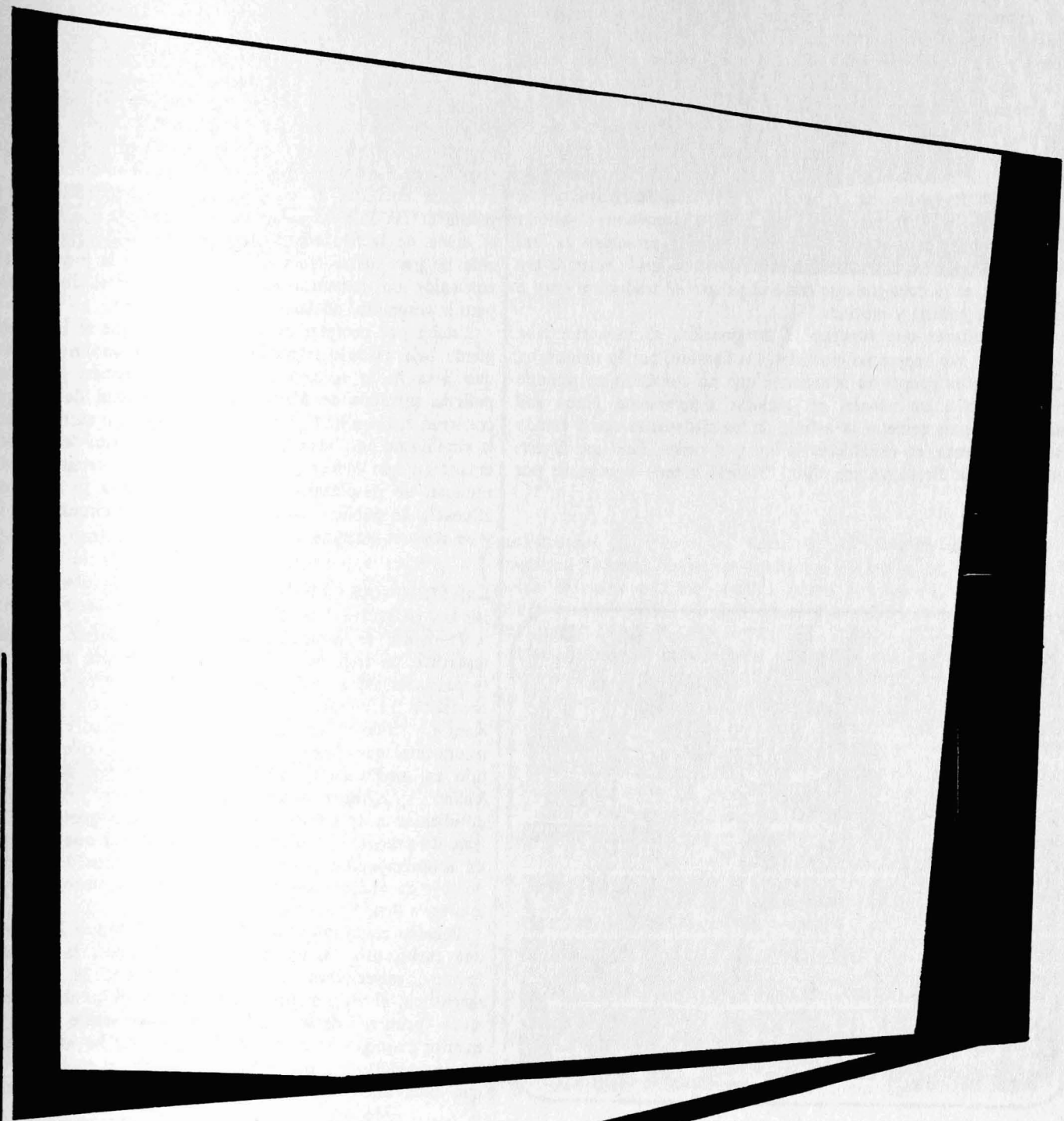
Un tribunal de New Jersey negó a la fiscalía en estos días, el derecho a servirse de grabaciones de charlas entre los dirigentes y miembros de la "Cosa Nostra". Pero el FBI ha publicado centenares de páginas de conversaciones entre *mafiosi*, grabadas por los agentes federales, durante treinta meses, mediante la colocación de micrófonos en los domicilios de los jefes de la organización, en sus bares, en sus restaurantes. De la lectura de esos diálogos se deduce que los líderes de la mafia son "gente de orden". No se interesan solamente por los ingresos provenientes de sus fullerías, las cotizaciones de sus víctimas, los beneficios que les deparan sus garitos y el tráfico con las drogas. Aspiran también a que cada cual se mantenga en su lugar: uno de los *bosses* de la "Familia", De Cavalcante, discute largamente con sus secuaces la forma de liquidar a un *Black Muslim*, de disfrazar el asesinato para que parezca un "crimen de negros".

LOS CABALLEROS DE LA MAFIA

Un profesor de la Universidad de Columbia me contaba el otro día que, durante el reciente movimiento estudiantil, el decano había tenido la sorpresa de recibir la visita de dos caballeros italo-americanos, los cuales, en nombre de la mafia, venían a ofrecerle a la universidad los benévolos servicios de la Cosa Nostra para echar en prisión a los estudiantes revoltosos y golpear hasta la muerte a sus jefes, de modo de darles una buena lección. Los caballeros de la mafia se sintieron realmente desilusionados cuando el decano declinó sus sinceras ofertas de apoyo.

Nueva York, pues, tiene miedo: miedo, vagamente, o precisamente miedo. Y la paradoja es que la ciudad más rica del mundo, cuyo puerto aéreo y marítimo representa en dólares el 40% del comercio de todos los Estados Unidos, la ciudad que es la primera plaza financiera del universo, tiene miedo de que le falte el dinero. En diez años, más de un millón de ricos contribuyentes neoyorkinos han fijado o mantenido sus domicilios en la campiña, allende los límites de los impuestos municipales, y han sido reemplazados por recién llegados miserables o pobres. Equilibrar el presupuesto neoyorkino, invertir en fondos sociales, en la construcción, el urbanismo, constituye cada año un rompecabezas cada vez más insoluble. Entretanto, las fundaciones religiosas, los hospitales privados, las escuelas profesionales, las "cruzadas evangélicas" de Billy Graham están eximidas de todo impuesto. La lotería de los pobres, el juego ilegal de los "números", inspirado en el lotto italiano, reportan a la mafia, según estimaciones policiales, cinco millones de dólares semanales, de los cuales la ciudad, por supuesto, no toca ni un centavo.





Norman Mailer. Lo que éste decía era razonable (*made sense*). ¡Lástima que sea un escritor! ”

UN SEMILLERO DE IDEAS

La reacción de mi conductor de taxis fue seguramente la de decenas de miles de neoyorquinos, porque de los 730.000 sufragios recogidos por los candidatos demócratas en las primarias, Norman Mailer recibió 40.000 y sus tres adversarios 650.000. Estos 40 mil votos bien pueden ser los que le faltaron al candidato demócrata más liberal para ser investido. El novelista de *Los desnudos y los muertos*, de *¿Por qué estamos en Vietnam?*, el autor de ese libro sorprendente acerca de la Marcha de la Paz sobre Washington que le valiera el National Book Award y el premio Pulitzer *Los ejércitos de la noche*, ¿ha sido uno de esos candidatos fantasiosos y marginales que jueguetea con el derecho democrático de presentarse a las elecciones y procuran que la gente seria no se ocupe de los asuntos serios? ¿Un Ducatel o un Ferdinand Lop neoyorquino?

Norman Mailer responde que desde el estricto punto de vista electoral, la verdadera batalla es la que tendrá lugar en noviembre. ¿Los electores neoyorquinos serán libres, entonces, de votar por el bien mejor o por el mal menor? Y que la campaña por él realizada, junto a su compañero de lista, el periodista Jimmy Breslin, es menos de una tentativa de convertirse en alcalde neoyorquino, actualmente, que un semillero de ideas que podrán germinar mañana y favorecer la salvación de la ciudad.

Nunca encontré a Jean-Paul Sartre estrechando manos en la vereda de las Galerías Lafayette, pero he visto a Norman Mailer en el cruce de la Séptima Avenida con la Calle Trigésimo Tercera, ante la gran tienda Macy's, al comienzo de la jornada. Habíamos convenido en conversar en su cuartel general dos días después, pero la casualidad adelantó nuestro encuentro.

Estaba por comprar camisas de verano que se liquidaban en la planta baja, cuando se produjo una gran tremolina en el corredor que lleva de la sección camisería a la sección perfumería. Los policías privados de Macy's, con camisa azul de mangas cortas, corrieron hacia allí. No sé si pensaban que un escritor candidato a la alcaldía no era “serio”, como creía mi taxista de Brooklyn. Pero entendían que Mailer y los estudiantes que repartían volantes y trataban de desplazarse en la gran tienda a la hora de mayor afluencia de público, eran peligrosos para la circulación, las ventas y en caso de incendio.

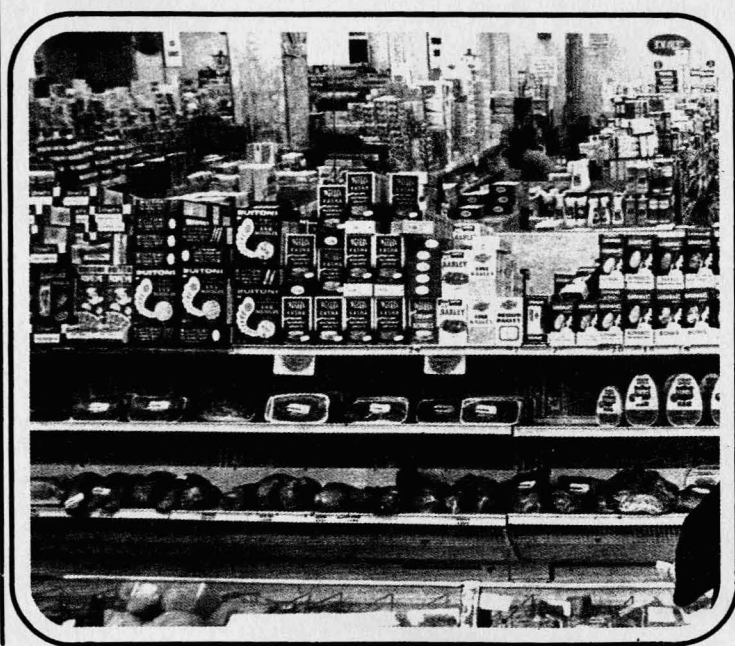
LAS PRIMERAS CANAS DE UN HOMBRE JOVEN

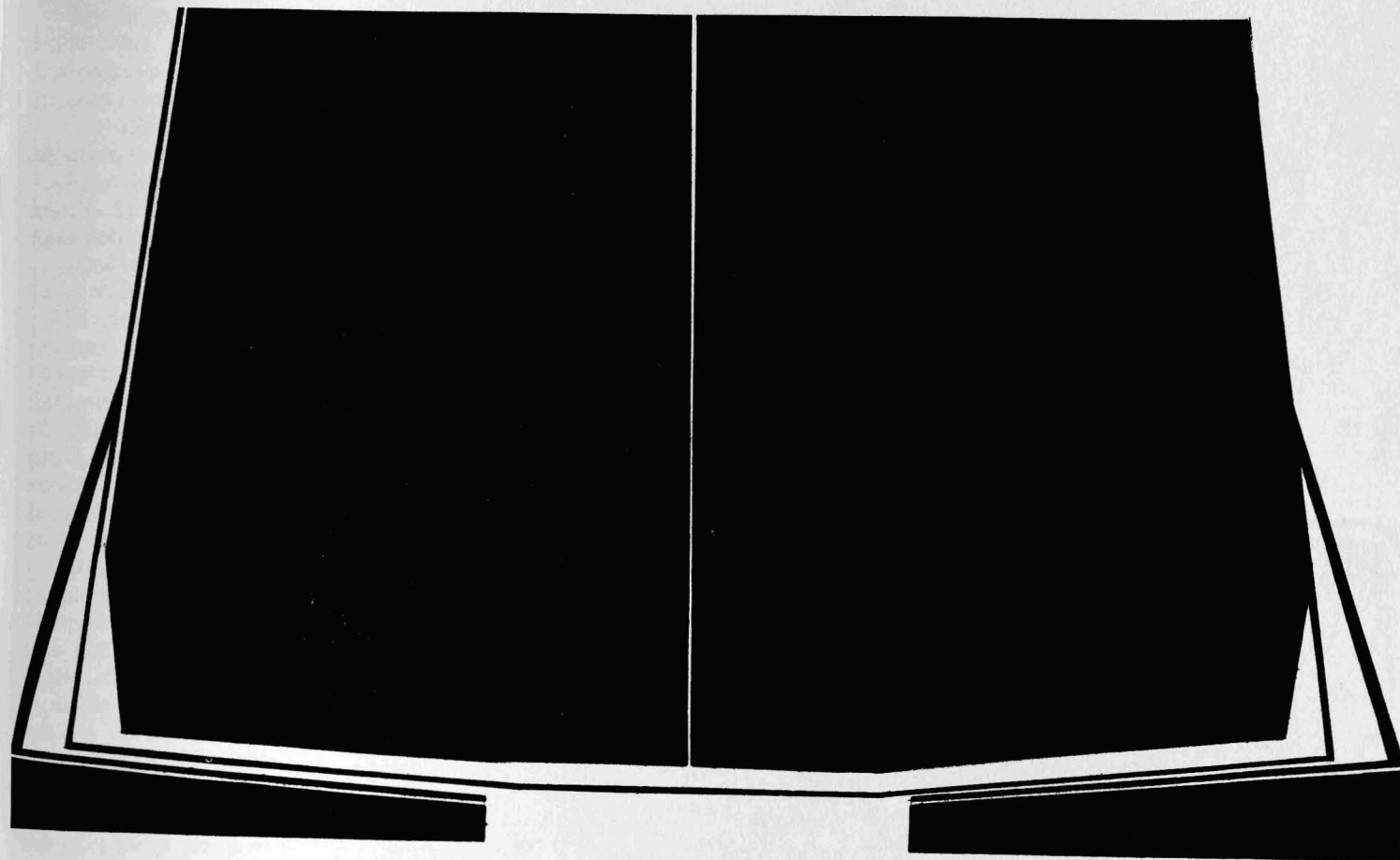
La gente se agolpaba, en efecto, alrededor de un hombre regordete, de traje negro con rayas blancas, por una vez sabiamente peinados sus rebeldes cabellos crespos, de espaldas y orejas de boxeador. El equipo de Mailer parlamentó con los detectives de Macy's y todo el mundo volvió a encontrarse en la calle. Debe reconocerse que al comienzo Mailer pasaba completamente inadvertido en medio de la muchedumbre. “*Do you want to mes Mr. Mailer?*” (¿Quiere hablar con Mr. Mailer?), preguntaban los estudiantes a la señora negra cargada de paquetes, al señor con traje de *executive* y al ama de casa de Bronx que venía a comprar un acondicionador portátil de aire. A algunos de los peatones el nombre de Mailer visiblemente no les decía mucho. Otros paraban la oreja e iban a hablar con él.

Pasados cinco minutos había un borbollón; a los diez minutos, una turbamulta. Mailer y su cuarta mujer, la actriz Beverley Bentley, estrechaban manos, discutían con la gente, Mailer el magnífico, el viejo guerrero del Pacífico, el hombre que ha estado en la “primera” de los diarios desde hace veinte años como joven escritor prodigio, el autor de filmes, el que ha ido a la cárcel por haber apuñalado a una de sus esposas en un momento de furia y que cinco años después superó todas las marcas del éxito con un

Y mientras Nueva York se ahoga en sus embotellamientos, en la polución atmosférica, mientras los blancos pobres, los negros pobres y los puertorriqueños se asfixian en sus *slums* descarados, en los ghettos sórdidos, mientras los desperdicios se acumulan en las veredas y la revuelta se incuba, tal vez, a la vuelta de la esquina, ha bastado un desplazamiento de diez mil votos en el Partido Republicano y una mayoría de una treintena de miles de votos en el Partido Demócrata, para que los dos candidatos oficialmente investidos en la batalla por la alcaldía neoyorquina, en el otoño próximo, sean los que prometen reducir el miedo difuso recurriendo a medios que precisamente provocan la ira, agravan la tensión y desencadenan el miedo. *Law and Order*, la ley y el orden: es la consigna que corre el peligro de traducirse muy a menudo por miseria y motines.

Ante ciudades que superan la imaginación, es menester una imaginación que supere las ciudades. Un hombre, por lo menos, en Nueva York ha propuesto soluciones que no consisten en ponerle un emplasto a un cáncer, en reclutar simplemente cinco mil policías más, en decretar la asfixia de los ciudadanos como estado normal de cosas, en restablecer la ley y el orden. *Law and Order*. Un taxista de Brooklyn me dijo: “Habría votado con gusto por





libro estendaliano dedicado a la Marcha de la paz sobre Washington; Mailer tiene el aire de un hombre joven que empieza a encanecer, intimidado por todos esos desconocidos que lo rodean y lo abruman a preguntas.

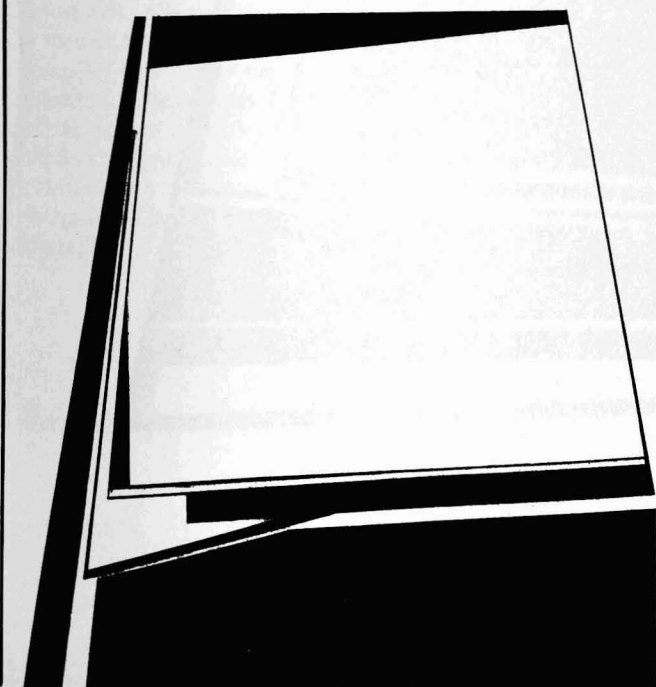
Esa tarde debe ir a la New York University, sobre Washington Square, hablar a los obreros a la salida de una fábrica de Queens, intervenir en un debate televisado, asistir a una reunión en el barrio puertorriqueño. Cuando sale de su "baño de muchedumbre" sus ayudantes miran sus relojes. Pero Mailer tiene sed y nos

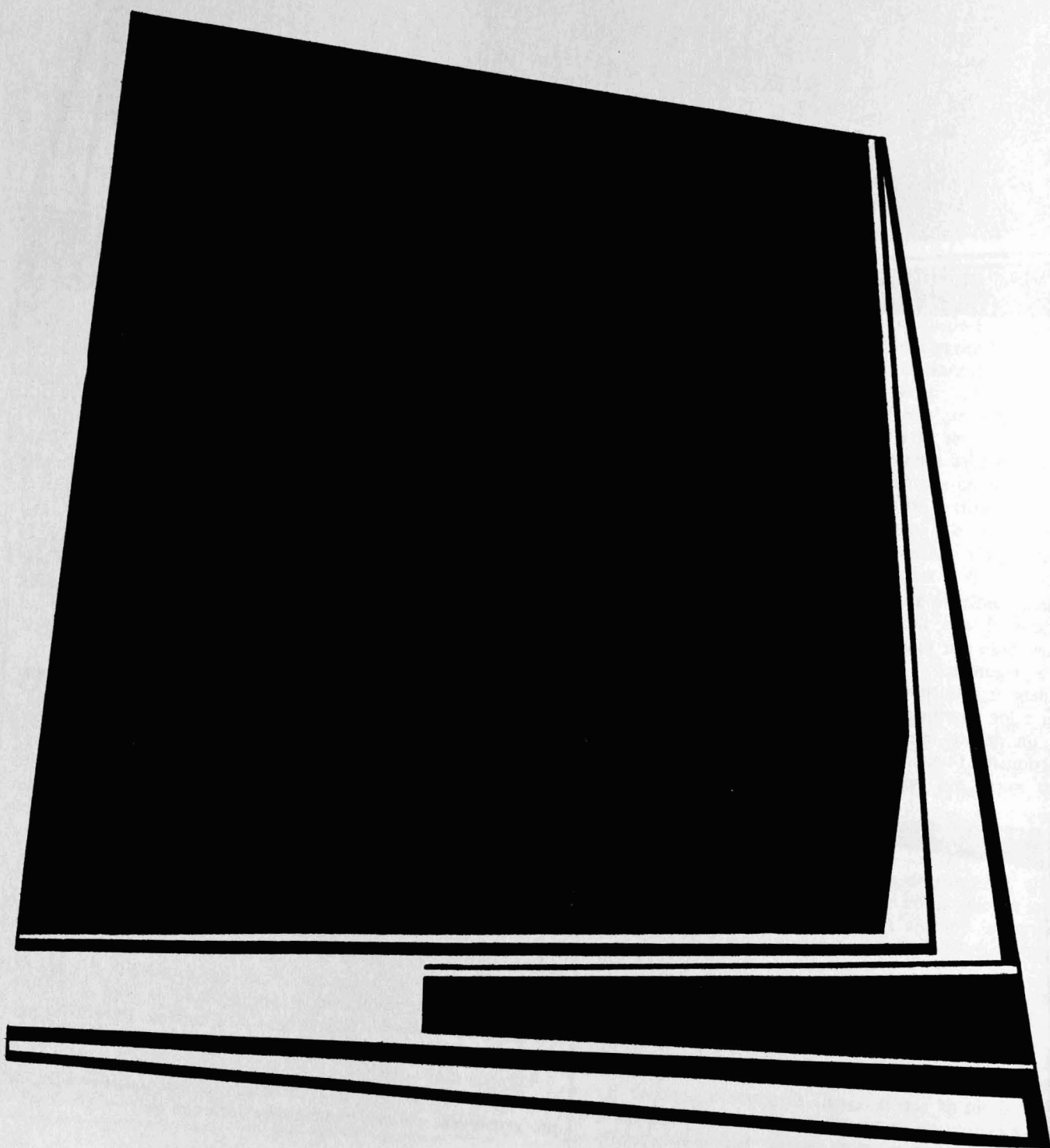
encontramos al fondo del salón de té Schrafft de la Calle Trigésimo Tercera. Mailer me arrastra a los baños. Se pasa rápidamente el peine por los cabellos, como el buen alumno que no quiere que el profe, en el examen, lo regañe por peinarse a lo "bohemio".

Una estudiante en minifalda y sandalias me da una insignia donde se lee: "*The other guys are the joke. Vote Mailer-Breslin!*" Durante dos horas charlo con Mailer, escucho hablar a los neoyorquinos y me digo que, en efecto, tal vez los otros *guys*, los otros tipos, sean unos gusanos *the joke*. En todo caso, me resulta claro que Mailer el escritor genial, Mailer el tumultuoso, que escribe un libro titulado *Publicidad para mí mismo*, que se hace noquear en el Central Park por Sony Liston para mostrar que *también* sabe boxear, que pretende haber dado la victoria y 100.000 votos de mayoría a Kennedy con un artículo, que habla de sí mismo en tercera persona en *Los ejércitos de la noche*, que allí declara que "salvo quizás John F. Kennedy no ha habido ningún candidato presidencial después de la Segunda Guerra Mundial al que Mailer haya considerado secretamente como más capaz que él"; sí, este Mailer que es una combinación de Stendhal, de Barnum y de lo que él llama el "negro blanco", es muy seriamente serio cuando habla de política urbana y de política en general.

Le pregunto:

—Le he oído decir que usted es un liberal-conservador, un progresista-reaccionario. ¿Qué quiere decir con eso?





—Soy liberal porque creo que si a los hombres se les deja decidir sobre su vida, lo hacen mejor que los “dirigentes”. Soy conservador porque no creo que el estado, los poderes constituidos, sean capaces de resolverlo todo.

—Los políticos lo tratan irónicamente, como a un escritor extraviado en el camino de la política.

—Hace demasiado tiempo que los malos políticos hacen mala política. Es muy necesario que un buen escritor trate de hacer buena política.

—¿Qué significa su consigna: “Nueva York, el quincuagésimo primer estado”?

—La democracia surge de abajo. Si se quiere resolver los problemas de Nueva York es necesario que en cada barrio los habitantes tengan derecho a hablar, que cada barrio disfrute de cierta autonomía y que la ciudad que paga al estado federal quince mil millones de dólares en impuestos y recibe en cambio unos magros tres mil millones, administre ella misma sus recursos, resuelva ella misma sus problemas de higiene municipal, de enseñanza, de criminalidad, de transporte, de vivienda, de envenenamiento atmosférico.

—Pero la ciudad de Nueva York es ocho o diez ciudades: una ciudad anglosajona, una ciudad negra, una ciudad judía una ciudad puertorriqueña, una ciudad italiana, etc. Son ocho millones de seres que, al fin de cuentas, no tienen en común más que sus motivos de descontento. ¿Acaso esta metrópoli no corre el riesgo de estallar, dicen los adversarios de usted, si no se impone a sus millones de habitantes un mismo orden y una misma ley, si el poder negro reina en Harlem y Newark, el poder puertorriqueño en el Spanish Harlem, el poder judío en el Bronx y en Brooklyn, el poder estudiantil en los claustros, el poder italiano en la Little Italy y el poder hippy en el Lower east Side?

—La verdadera democracia no consiste en pasar por la máquina de hacer puré a las minorías y las comunidades. Igualdad no es uniformidad. Fíjese en los negros. Nunca encontré un negro estúpido. Como los judíos, como los puertorriqueños, han pasado demasiadas penurias como para no ser inteligentes en la vida. Si se les da el derecho a hablar sobre lo que les concierne directamente, se desenvolverán mucho mejor que los burócratas y los policías que pretenden decidir por ellos desde lejos.

“SWEET SUNDAY”

El programa de Norman Mailer ha erizado a todos aquellos para quienes la solución a los problemas de Nueva York, en particular, y de los Estados Unidos, en general, es simplemente un asunto de puños, de policía o de guardia nacional. Han tachado de utópico su proyecto de “Sweet Sunday” mensual, un domingo sin automóviles, sin ómnibus, sin máquinas que apesten el aire. Han sacudido los hombros ante su idea de “Nueva York el quincuagésimo primer estado de los Estados Unidos”. Se han burlado sarcásticamente de su plan de autonomía para los barrios, de democracia en las comunidades. Mailer ha sido derrotado abrumadoramente. Pero las ideas lanzadas por él comienzan a abrirse paso. Sus adversarios victoriosos, por su parte, se han visto obligados a retomarlas, o por lo menos adornarse con sus plumas. Y cuando siguen diciendo, por ejemplo, que para suprimir la criminalidad en Nueva York se necesitan policías más duros, leyes más duras, recompensas mayores, el punto de vista Mailer, sostenido por él desde hace meses empieza a imponerse: “La criminalidad no es la enfermedad, es solamente un síntoma. Nueva York no tiene necesidad de ser más castigada. Tiene necesidad de que la curen como la sociedad entera.”

Marcha, número 1 460/64.

